



El Santuario de Nuestro Padre Jesús

Tepalcingo

Rafael Gutiérrez

Es la cabecera del municipio del mismo nombre en la parte su-
 oriental del estado de Morelos
 e fuera llamada la Tierra Ca-
 nate. Dicen que el nombre viene
 antiguo TECPATL-TZIN-CO:
 el lugar de los pequeños peder-
 es", cuyo asentamiento origi-
 habría sido el llamado
 ueblo Viejo" conquistado por
 ctezuma I en 1445. Los llama-
 pueblos viejos fueron sitios
 abandonados durante el periodo
 onial de las congregaciones.
 omo Tepalcingo estaba agru-
 lo en la Tlalnagua, quedó so-
 tido a los españoles cuando
 ó Acapistla (Yecapixtla), su
 abecera tributaria. En 1529, que-
 dentro del Marquesado y poco
 pués, Cortés puso una cría de
 allos, famosos en la región
 ita épocas recientes, alrededor
 nacimiento de agua de Atoto-
 lico. No escapó a la campaña
 nescana de evangelización,
 embargo, fue hasta que los
 istinos organizaron la misión
 la Tlalnagua, en su paso hacia
 Misión del Sur, cuando se esta-
 cionó la Visita dependiente del
 vento de Xonacatepec. Esta
 unidad fue puesta bajo la ad-
 cación de la Santa Cruz, lo que
 uirá posteriormente en la ico-
 grafía; después bajo la advoca-

ción de San Martín. En el siglo
 XVII, con el tirante del proyecto
 parroquial bajo las disposiciones
 tridentinas, se desarrolla la reli-
 giosidad personalizada con lo
 cual resurgen los gremios, como
 el de la cofradía de Jesús Nazare-
 no. Esta agrupación devocional
 enfatiza el culto a la Cruz y al
 cristo sufriendo a consecuencia
 del pecado. El cristo de la devo-
 ción pronto se convierte en mila-
 grosos, es el periodo de santuarios
 milagrosos y su popularidad re-
 basa las fronteras regionales so-
 breponiendo su importancia a la
 de la antigua visita de San Mar-
 tín.

Eslo no fue todo. Tepalcingo se
 encontraba en el cruce de dos
 antiguas rutas de comercio: la
 que venía de las regiones del
 suroeste hacia Chalco y la que
 venía de las provincias de la
 Mar del Sur trayendo los productos
 de la Nao de China, hacia Puebla.
 La Iglesia, en alianza con los
 surgientes hacendados de Chicome-
 celo, San Nicolás, Santa Clara y
 Tenango, se propuso controlar el
 mercado del dicho cruce donde
 intercambiaban productos de las
 más diversas regiones. En 1681 se
 aprobó la cofradía de Jesús Nazare-
 no quien tomó a su cargo el

mercado junto con las activida-
 des devocionales del Cristo mila-
 grosos, formando la feria. Los
 mayordomos, es decir los encarga-
 dos de la devoción, eran elegidos
 entre españoles e indios. Las pug-
 nas desatadas por la liberación
 de la mano de obra, las tierras y
 las aguas repercutieron al inte-
 rior de la cofradía como luchas
 por su control; la Iglesia necesi-
 taba dinero para subsistir porque
 ya no recibía tributos ni servicios
 personales de los indios, mien-
 tras los españoles buscaban ha-
 cerse de las tierras, de los indios
 para el desarrollo industria de
 las haciendas. Al principio, la
 Iglesia, a través del arzobispo de
 México, favoreció a los españoles
 de suerte que en 1724 ordena sus-
 pender algunas importantes activi-
 dades devocionales de los in-
 dios ratificando el control de la
 cofradía por los españoles. Los
 indios, luchando como lo hicieron
 durante los siglos XVII y XVIII,
 lograron que en 1743, el Provisor
 de Indios y Chinos de la Nueva
 España, don Francisco Xavier
 Gómez de Cervantes les concedie-
 ra tres diputados.

Así las cosas, los hacendados
 alegaron que "Cristo no estaba
 contento con la capilla que lo alo-
 jaba" (Warman 1976, 42-43) por lo

cual promovieron la construcción
 del Santuario mediante una apo-
 rtación tripartita: la Iglesia certi-
 fica la autenticidad del culto, los
 españoles ponen el dinero y los
 indios hipotecan los productos de
 sus tierras en favor de los hacen-
 dados y ceden un solar de su fun-
 do legal. Pronto la Iglesia se que-
 da con las limosnas y los hacen-
 dados con las tierras. Por tal mo-
 tivo, el señor Gobernador del
 Marquesado del Valle "ordena al
 alcalde de Xonacatepe que vaya a
 Tepalcingo a realizar las diligen-
 cias necesarias para medir el ter-
 reno en que se construirá el San-
 tuario. (Reyes 1960, 11-15). Como
 sabemos, construir un edificio no
 es tarea fácil, menos en una econo-
 mía popular deprimida, pero
 tenía sus atractivos, y la perspecti-
 va motivó la obra.

El 19 de febrero de 1758, don
 Ignacio Miguel Godoy, notario de
 la ciudad de México, expide la li-
 cencia de construcción, un año
 después da comienzo la obra y se
 termina en 1782, vigilan la
 construcción los mayordomos
 Juan Francisco de Hurtado, José
 Salvide Goltia, Juan José de Ubi-
 lla y Nicolás Icazbalceta.

Son tiempos difíciles; la seculari-
 zación de las propiedades de los



agustinos y la expulsión de los jesuitas dejaron libres a los propietarios de la hacienda de Tenango quienes se apropiaron de más de 500 hectáreas de tierras de siembra cuya propiedad les ratificó las Leyes de Reforma; entretanto la Iglesia alimenta el espíritu de sumisión y carga la conciencia pecadora de los indios con la muerte del Nazareno, situación con pocas variantes hasta el presente.

Pero no todo está perdido; las penalidades de construir el santuario dieron como resultado una obra arquitectónica cuya fachada es ejemplar del arte llamado "barroco popular", espacio lleno de formas hechas a la manera artesanal popular. El carácter catequético ofrece a los fieles un tratado devocional que despierta sentimientos de arrepentimiento convertidos parte en limosna parte en reivindicación personal mediante el castigo social de la marginación para los indios mientras los otros diseñan el destino de las ofrendas.

Es importante considerar que mientras el "imafronte", portada, retablo o fachada estudiado ya por los historiadores del arte, enseña con sencillez la importancia del pecado y el alto costo que exige su purificación, los murales de los conventos los relatan con la celebración pascual, ambas

obras de arte que reflejan las grandes diferencias entre el siglo XVI y los siguientes siglos, dife-

rencias, que por otros lado, hacen eco a los grandes conflictos ideológico-religioso que tienen

lugar en la vieja Europa posttridentina, tal como sucede en nuestro tiempo.



El Santo Cristo aparecido de Totolapan

Juvenino Rueda Enriquez

Totolapan (de "totolín", pavo indígena, guajolote, y "apan", como terminación y significado de "río", hacen "río de pavos o guajolotes", sólo dista de la vieja Yecapixtlan o Xihuitza—Capitlán, hoy Yecapixtla, escasas tres leguas y media. El poblado indígena cuya fundación se pierde en la obscuridad de los tiempos, esconde su belleza innegable entre arboledas y cerros, no lejos de la Herradura, volcán apagado, que en tiempos remotísimos arrojó cenizas y sobre arenas que hoy enriquecen las tierras del Escotzin, la barranquilla cercana a la Yecapixteca.

Entre ambos pueblos hubo desde tiempo inmemorial un comercio activo y abundante. Mezclas de sangre unieron a estos dos pueblos con lazos indestructibles, predominando en ellos la sangre de las tribus que formaron el formidable Imperio de los Toltecas y más tarde el de los Aztecas en su rama Tlahuica.

Lógico es que la historia de ellos tuviese puntos de comunidad, y el contacto de sus comerciantes de mutuo convenio llenase de relatos y noticias todos los ámbitos y fuesen el platillo de las conversaciones que la tradición guardó en arcón de oro y fue pasando a través de las generaciones hasta llegar a nuestros días. Hasta antes de la aurora del presente siglo fue cosa obligada que los yecapixtlanes fuesen a las fiestas sagradas del quinto viernes de Cuaresma a Totolapan y se hospedasen en los hogares humildes pero acogedores de allá y que los de ese bello poblado viniesen a las fiestas profanas del Tianguis grande que duraban ocho días y principalmente a la Semana

Santa, el jueves y viernes, para presenciar las magnas ceremonias de las cuatro estaciones, predominando las que ocurrían en "la Calle Real" frente de la tienda grande, donde se efectuaban "las tres caídas" y se escuchaba el sermón alusivo, después de pregona de la sentencia por el mejor charro de Yecapixtla.

Por la causa anterior la historia de ambos centros indígenas se conoce muy bien y permite al relator de esta leyenda explicar cuanto llegó y fue visto por nuestros antecesores que ya duermen al

II

Fray Antonio Roa recibe un Santo Cristo

El año de 1543 fue año de gracia para Totolapan. Su convento y su bellísima iglesia ofrecían el atractivo de su recia construcción recientemente inaugurados, cuando aún estaban por terminarse la magna iglesia y convento de Ayacapixtlan, obra insigne de Fray Jorge de Avila, que no tuvo la gloria de verla terminar, pues murió en la travesía rumbo a España antes de 1550, año éste en que quedó al servicio divino la fortaleza del templo de San Juan Bautista de la belicosa Ayacapixtlan.

Era fraile principal de la comunidad del convento de Totolapan el insigne Antonio de Roa, llamado en el mundo Fernando Alvarez, varón justo y santo que vivía en la penitencia y oración continuas. Su mayor pena, que se traducía en lágrimas que caían sobre su toco sayal, era sin duda alguna la falta de una imagen del sublime Nazareno crucificado, y ninguna esperanza tenía de poderla conseguir, porque su escar-

cela pendiente de su cintura estaba siempre vacía; los ochavos y los reales con la efigie de su majestad el rey de España, pocas veces visitaban la gastada bolsa del monje, y cuando esto ocurría se iban a las manos de los menesterosos. Fray Antonio de Roa no podía soportar la vista de una necesidad sin remediarla de inmediato. Recorría las casuchas de los indios llevándoles sus propios alimentos y quedándose sin comer. Esto era cosa común y corriente. En su celda no había siquiera una miserable estera de zacate, ni un banquillo en que descansar el cuerpo. Dormía el santo varón en el duro suelo con el pequeño crucifijo sobre el pecho.

Pero Dios siempre socorre la necesidad y llena los anhelos de sus siervos. Aquel viernes de Lázaro, anterior a la semana de Pasión, del año de 1543, el Hermano portero del Convento escuchó toques en la portada principal, cuando ya comenzaba a oscurecer. Pensó que alguien pedía confesión urgente y fue presuroso a abrir, no sin antes mirar por el visillo. Lo que vio no le dio motivo mayor para abrir, se trataba de un pobre indio que llevaba un bulto a cuestas, envuelto en una manta de burda lana.

—Abrid hermano, abrid; decid a Fray Antonio que venga, es urgente que lo vea—tal fue el pedimento del nativo.

Corrió el hermano portero y dio cuenta al Superior de la ocurrencia. Fray Antonio de Roa bajó a la portería; allí estaba el indio con su carga. Al descubrirlo su asombro no tuvo límites, sus ojos se agrandaron como platos y sus

manos se alzaron para dar gracias a Dios. Delante de él estaba un hermosísimo Crucifijo de tamaño casi natural, con la cabeza caída hacia el brazo derecho, la boca santa entreabierta, como si estuviese diciendo aún: "Todo está consumado"; "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Se veía muy claramente la llaga del costado, y sangre y agua parecían recientes. La santa imagen era perfecta en sus líneas. Cayó de rodillas el santo varón y lleno de lágrimas besó muchas veces los pies y las manos del Cristo Santo. Tomó en sus brazos macilentos la efigie toda y cargó con ella para el interior del Convento hasta colocarla en el coro donde él y sus compañeros rezaban matutinos y laudes. Allí rezó su primera oración tocando con sus labios y su frente el suelo y golpeando su pecho.

Al volver a la realidad tras de su meditación, corrió presuroso hasta la portería; había anochecido ya y el hermano portero comenzaba a dormir. Lo despertó preguntando por el buen indio que había traído al Santo Cristo. Creyeron ambos que estaría afuera esperando. Buscaron por todo el cementerio y por las calles del poblado, pero a nadie encontraron; las indagaciones de los santos varones no dieron resultado alguno; nadie había visto al indio cargador y en los días siguientes nadie se presentó a reclamar. Que un indio hubiese hecho la imagen era imposible; que la hubiese comprado tampoco era creíble. ¿Cómo llegó al Convento esa efigie que sólo al verla movía a llorar? Un misterio completo la envolvió; el milagro era patente.